

tes para resistir, tomó posiciones en un sitio que por los obstáculos naturales que presentaba, lo consideró Pelayo como inexpugnable. En la gruta llamada de Covadonga, colocada en una roca de ciento treinta piés de elevacion, se situó distribuyendo su fuerza, parte en el interior de ésta y la restante en las alturas mas próximas á la cueva. "Infranqueable el desfiladero, Alkamah fió al valor de la cabeza de su columna el éxito de aquel ataque, renunciando á desplegar todas sus fuerzas, cuyo nervio, como en todos los ejércitos árabes, lo formaba la caballería, inútil en aquel paraje. Sin poder oponer mas que un frente igual al de los cristianos, situados á la entrada de la gruta, los árabes luchaban con gran desventaja ocupando el fondo de un desfiladero, batidos sus flancos con las flechas y piedras que desde la cima de los montes les enviaban impunemente los ágiles astures."

El caudillo agareno, aunque luchó con denuedo extraordinario, en su mano no estaba el vencer ni arrollar los obstáculos que oponian, no solo lo inaccesible y sinuoso del terreno, sino la horrible tempestad que en los momentos del combate se desencadenó, haciendo rodar hasta el abismo caballeros y caballos por el empuje de los pedazos de rocas que se desgajaban. Accion memorable por el triunfo tan completo que tuvieron los cristianos, habiendo perecido la mayor parte de los agresores. Esta victoria, obtenida por Pelayo con muy pocos sacrificios y que es sin duda la mas celebrada de las que alcanzó, mucho abatió á Alkamah y á los suyos, no tanto por la vergüenza de la derrota, cuanto por el temor de perder aquella rica conquista, que segun el canto de sus poetas *aventaja á todas las regiones conocidas; es la Siria por la suavidad del clima y la pureza del aire, el Yemen por la fertilidad del terreno,*

*la India, por sus flores y sus aromas, el Hedjaz por los productos de su suelo, el Catay por sus metales preciosos y el Aden, por sus puertos y sus costas.* Las ventajas obtenidas por Pelayo despues de esta accion, fuéron el de ensanchar sus dominios, quedando los vencidos á merced del vencedor y en pésima situacion, siendo terribles los desmanes cometidos por unos y otros en aquellas excursiones.

Algunos historiadores niegan que Pelayo hubiéese alcanzado nuevos triunfos sobre el ejército infiel, no siendo mas que la batalla de Covadonga, la única accion en que figura y que despues de diez y nueve años de gobernar, sin ningun suceso notable digno de llamar la atencion, murió tranquilamente. No debemos pues entrar en muchos pormenores sobre este digno español, que no reviste los caracteres del héroe.

Rodrigo ó Ruy Diaz de Vivar, por haber nacido en Vivar pueblo cerca de Burgos, es el héroe designado como el mas notable en todas las historias españolas. Sin embargo, si examinamos los hechos de su agitada vida, encontraremos unos verdaderamente heróicos y otros que empañan el brillo de su nombre.

El primer cargo que la historia hace al Cid, fué el de los asesinatos de Carrion. Este suceso por si no lo recordase el lector, conveniente creo el referirlo. Militaba á las órdenes del rey D. Sancho de Castilla, el Cid, y por cuestion de dominios D. Sancho atacó á su hermano D. Alfonso VI rey de Leon, en Golpejar á orillas del Carrion, pactándose por ambos hermanos segun algunos escritores, que aquel que quedáse vencido, por solo ese hecho cederia sus dominios y señorío al vencedor. La fortuna dió el triunfo en quella vez á D. Alfonso, el cual portándose con generosidad no

quiso perseguir á su enemigo ni obligarlo á que se entregase prisionero, porque confiaba en lo pactado. Como la noche ya venia retiróse Alfonso á su campo satisfecho y se entregó él y los suyos al descanso, sin tomar ninguna medida de precaucion. D. Sancho abatido con su derrota, resuelto estaba á cumplir su palabra, pero uno de sus oficiales se le presentó diciéndole: *Aún es tiempo, Señor, de recobrar lo perdido porque los leoneses (los vencedores) reposan confiados en nuestras tiendas, caigamos sobre ellos al despertar el alba, y nuestro triunfo es seguro.*" El oficial que así habló, era el que mas tarde debia llevar el nombre de Cid.

Aceptó Sancho el consejo y á la madrugada del siguiente dia, estando todos dormidos fueron pasados á cuchillo y Alfonso (el que habia sido vencedor) aunque se acojó á la iglesia de Santa María de Carrion fué de allí extraido por orden de D. Sancho y conducido al castillo de Burgos. Convertido el vencido en vencedor por aquella infame accion, sin ninguna dificultad se apoderó de la capital de D. Alfonso. D<sup>a</sup> Urraca hermana de ambos reyes, que amaba entrañablemente al prisionero, suplicó á D. Sancho por conducto del conde Pedro Ansures, sacase de aquella prision á su hermano. Sancho accedió á esta demanda bajo la condicion de que Alfonso tomara el hábito de religioso en el monasterio de Sahagun. Resignado con su suerte marchó al referido monasterio cambiando su regia vestidura en un tosco sayal, pero no sin perder la esperanza de que aquellos mismos que lo habian sacado de la prision del castillo de Burgos serian los mismos que lo libertarian del claustro. Debido á los trabajos de sus amigos y principalmente á los de su hermana D<sup>a</sup> Urraca logró fugarse del convento, saliendo disfrazado por entre

sus guardianes y tomó el camino de Toledo, para acojerse este príncipe Cristiano al poder de la Media Luna, habiendo sido recibido por el rey Al-Mamun, no solo con toda clase de consideraciones, sino que le facilitó una quinta ó casa de campo, en donde pudiese estar Alfonso con los suyos en completa libertad, expensándole suntuosamente todos sus gastos y haciéndole gozar todos aquellos placeres, que constituyen la vida de los sectarios del Profeta.

Mientras estos sucesos tenian lugar en Toledo y Alfonso llevaba una existencia muelle y deliciosa, D. Sancho no satisfecho con haber acrecentado sus dominios con los de su hermano, concibió la idea de despojar á su otro hermano D. García, de su reyno de Galicia. Este habíase hecho odioso á sus súbditos por sus vicios y principalmente por las fuertes gabelas con que las oprimia, así como por los crueles castigos que aplicaba á todos aquellos que, eran denunciados por su favorito *Vernula*, como desafectos á su persona. Inútil fué que los nobles manifestasen á D. García, el profundo disgusto con que veian á aquel favorito, hasta que al fin indignados de tantos abusos, lo asesinaron. Este acto de verdadera justicia, causó tal irritacion en el rey, que desde aquel momento convirtiése en un tirano insupportable. La aproximacion de D. Sancho con su ejército en el cual iba Rodrigo (el Cid) á Galicia, obligó á D. García á salir de su capital con muy poca fuerza, para ir á implorar el auxilio de los infieles á Portugal. En las expediciones que hizo por el país con el objeto de levantar el ánimo de sus súbditos, vino á las manos con su hermano D. Sancho, habiendo sido derrotado y hecho prisionero en la campaña de Santaren y conducido al castillo de Luna, año de 1071, del cual lo sacó D. Sancho á condicion de ser siempre su vasallo.

Insaciable el vencedor en su sed de mando y no satisfecho con poseer los reinos de Castilla, Leon y Galicia, marchó á despojar á sus dos hermanas D<sup>a</sup> Urraca y D<sup>a</sup> Elvira de sus dominios de Toro y Zamora, pretestando gran disgusto contra ellas, por el gran empeño que habian tomado por su hermano D. Alfonso. D<sup>a</sup> Elvira, no queriendo hacer ninguna resistencia, dejó penetrar á D. Sancho á su capital (Toro), pero no obró de la misma manera D<sup>a</sup> Urraca, que dotada de mas energía, se aprestó á la defensa de su capital Zamora, contando con la grande simpatía que le tenian sus súbditos y encomendó la defensa de la plaza, á uno de sus mas valientes y diestros capitanes á Arias Gonzaló. Inútiles fueron todas las acometidas que dió D. Sancho á aquella plaza, y en las que iba á la cabeza el famoso Rodrigo Diaz y aunque en todas fué rechazado con grandes pérdidas, por sus bizarros defensores éstos cada dia su situacion se hacia mas difícil y apremiante. En tales circunstancias, uno de los habitantes de Zamora llamado *Bellido Dolfos* quiso salvar á la ciudad de tan terrible enemigo y con este objeto, salió de la plaza y se le presentó á D. Sancho, aparentando que le iba á revelar la posicion en que se encontraban los de Zamora. D. Sancho, no previendo que aquel hombre le preparaba una celada, se retiró con él á un lugar apartado para escuchar el informe de Bellido, pero éste aprovechando un momento de distraccion de D. Sancho, le dió tal lanzada, que le dejó muerto en el acto (año de 1072). Suceso de tal magnitud, difundióse luego por el campamento y aunque el Cid inmediatamente se puso en persecucion del asesino, no lo pudo ya alcanzar, porque al llegar á las puertas de la ciudad, se le abrieron, salvándose Bellido de la persecucion del Cid. Esta circunstancia, dió pábulo para creer que el ase-

sino habia contado y aun tal vez se le habia ordenado por altos personajes aquella infame accion, considerándose partícipe en ella al destronado Alfonso.

Muerto D. Sancho y quedando los reinos de Castilla, Leon y Galicia sin soberano que los gobernase, reuniéronse los habitantes para elegir monarca, designando á D. Alfonso para su rey y en cuya eleccion evidentemente dominó la influencia de sus hermanas D<sup>a</sup> Urraca y D<sup>a</sup> Elvira. Las voces que se hicieron circular que en la muerte de D. Sancho, habia tenido una parte muy directa el nuevamente elegido por rey, obligó á los nobles á exigir á Alfonso que jurase ser inocente en aquel asesinato.

Llamado D. Alfonso por emisarios que se le mandaron á Toledo, despidióse del rey moro Al-Mamun, de quien habia recibido no los servicios de un amigo generoso, sino los de un verdadero padre y se dirigió á Zamora, en donde se le esperaba para coronarlo. Recibido con todas las solemnidades de estilo, fué conducido al templo de Santa Gadea de Burgos, para efectuar la ceremonia de la coronacion, pero aquella corte luchaba con dos grandes dificultades: una era la fórmula del juramento que debia prestar Alfonso y la otra, ¿cuál de los nobles debia tomarle el referido juramento? El primer punto quedó arreglado, no así el segundo, porque ninguno quiso prestarse, temiendo y con razon el ir á hacer un cargo al nuevo monarca, cuando no habia ningun dato para ello.

Apremiados por las circunstancias, pues el rey esperaba ya en el templo, salvó aquella dificultad uno de los muchos caballeros que habian concurrido á la coronacion, el cual dirigiéndose á D. Alfonso con la expedicion del guerrero y del hombre sin mancha, exigió del rey el juramento en esta fórmula, haciéndosela repetir por tres veces.

*"¿Jurais Alfonso, (le dijo), no haber tenido participacion ni aun remota en la muerte de vuestro hermano Sancho rey de Castilla?—Lo juro respondió Alfonso."*

El caballero que en aquellos momentos así se manejaba llamando la atención de todos los concurrentes, no era otro que Ruy Dias, el celebrado *Cid*. El historiador español D. Modesto de Lafuente censurando y con justicia la conducta de Rodrigo, pone en boca de D. Alfonso las siguientes terribles preguntas, que debió haber hecho al *Cid* despues de haber prestado el juramento.

*¿Y jurais, vos, Rodrigo no haber tenido parte en la alevosía de Carrion, en aquella funesta noche, en que mi hermano Sancho, por consejo vuestro, despues de vencido, pagó mi generosidad degollando á mis soldados desapercibidos, haciéndome prisionero y apoderándose de mi trono?*

*¿Jurais vos estar inocente de aquella negra ingratitud, que costó tanta noble sangre leonesa y que me hizo cambiar mi trono por una prision, mi corte por un claustro y mi libertad por el destierro de que vengo ahora?*

Cargos tremendos y que evidentemente habrian colocado al *Cid* en una situacion espantosa, porque no caben ciertamente en una alma noble ni ideas ni sentimientos, como las que abrigaba Rodrigo en el momento que aconsejaba al rey D. Sancho tan infame alevosía. Proponer degollar á hombres que habiendo peleado, como buenos leales y valientes y de entregarse al descanso despues de ser vencidos, fiados solo en la palabra de los vencedores es un acto que no hay palabras suficientemente enérgicas para conde-

narlo y que siempre manchará el lustre de este gran español. Desgraciadamente, no es este el único episodio que aun me queda por referir de Rodrigo y que dan á conocer el conjunto de brillantes y pésimas cualidades con que estaba dotado,

Al-Moktadir, rey mahometano de Zaragoza, tenia dos hijos el uno llamado Al-Mutamin y el otro Al-Monahir, conocido tambien por Alfagib. Su padre al morir, dividió el reino entre los dos, dando al primero á Zaragoza y al segundo á Tortosa, Denia y Lérida. Esta division que siempre ha sido funesta en todas las monarquías, bien pronto suscitó entre los dos hermanos profundos disgustos, al grado de declararse una guerra sin cuartel. Desconfiando ambos del buen éxito de sus operaciones, apelaron al socorro del ejército cristiano, formando una alianza Al-Monhdier se unió con Sancho rey de Navarra y Aragon y con Berenguer Ramon II de Barcelona.

Al-Mutamin, imploró el auxilio del *Cid*, y éste se lo concedió uniéndose con el rey moro, sin preocuparse *tan cristianísimo adalid*, que iba á luchar contra sus compañeros en religion y armas y á favor de los sectarios de la Media Luna. Hecha esta alianza con escándolo de moros y cristianos, á la cabeza de su ejército y á la vista de D. Sancho, entró el *Cid* á Monzon, pueblo que el rey D. Sancho, habia jurado que nadie se atreveria á ocuparlo, fiado en sus aguerridas huestes. El *Cid*, de acuerdo con su nuevo rey, puso bajo un brillante pié de defensa aquella poblacion, nulificando de este modo el juramento de su antiguo rey y señor, porque no le fué posible ya atacarla, Miétras estos sucesos tenian lugar, el conde Berenguer Ramon II, unido con los de Cerdeña, Urgel y otros caballeros de Vich, Carcasona, del Rosellon y Ampurdan, quiso aprovechar la oportu-

tunidad que se le presentaba, de no haber fuerzas enemigas próximas, que le impidiesen sus operaciones para sitiar el castillo de Almenara situado entre Lérida y Tamariz y defendido por una corta guarnición que pendía del rey de Zaragoza, Al-Mutamin. No obstante que los defensores del castillo peleaban con denuedo extraordinario, no obteniendo sus agresores ninguna ventaja, la posición de los sitiados de día en día se hacía más difícil y casi insostenible, por faltarles el agua. Oportuno aviso tuvo Al-Mutamin, de la penosa situación en que se encontraban los defensores de su castillo y con objeto de salvarlos, ordenó al Cid, que se hallaba en el castillo de Escarpa, situado en la confluencia de los ríos Segre y Cinca, marchase á aquel punto y por la fuerza de las armas, obligase al enemigo á levantar el sitio. Cumpliendo con las órdenes de su Señor, marchó el nuevo sectario del Profeta, en persecución de los cristianos.

No quiso, sin embargo el Cid atacar á los sitiadores, como se lo había ordenado Al-Mutamin, sino que les mandó antes una embajada, intimándoles que levantasen el sitio y que les auxiliara con algunos recursos. Berenguer Ramon II y sus compañeros se negaron á la petición del Cid, y éste indignado de su repulsa los atacó con extraordinario brío, habiéndolos derrotado completamente, y hecho multitud de muertos, heridos y prisioneros, contándose entre éstos últimos á Berenguer Ramon II, el jefe principal, el cual lo llevó el Cid, como un trofeo de su victoria á su rey Al-Mutamin. Este, premió el gran servicio que le había prestado el Cid, con valiosas recompensas, habiendo quedado en libertad Berenguer, después de algunos días que sufrió de prisión.

Todo cuanto se ha dicho en honor del Cid, elogiando

sus brillantes acciones y presentándolo como un héroe que toca ya á lo fantástico, deja tal disgusto, tal abatimiento en el espíritu, al conocer los episodios que acabo de referir y estar comprobada su negra traición al pasarse con los enemigos de su religión y de su patria y batir unida á ellos á sus antiguos compañeros, que no es posible comprender la mezcla de sentimientos tan generosos, de ideas tan levantadas, con acciones tan indignas y repugnantes, que revelan una alma baja degradada. El célebre historiador César Cantú tan mesurado en su lenguaje, como circunspecto al emitir sus juicios, al hablar del Cid se expresa en los términos siguientes.

«Reunió, pues, el Cid (hablando cuando se separó disgustado el Cid del rey D. Alfonso) á sus partidarios, y con la escolta y los víveres que, según aquella rara costumbre debía suministrar el rey, salió á buscar fortuna en otra parte. Demasiado generoso para pensar en vengarse del rey, vivió como señor independiente entre los guerreros, haciendo por sí solo alianzas y guerras. En aquella división del país, vivían muchos de esta manera *siendo héroes y bandidos, defendiéndose, devastando y dispuestos á combatir mañana, la causa que sostenían hoy*. Esto fué lo que hizo el Cid en sus arrojadas correrías y nada más poniéndose ya al servicio de los moros, ya al de los cristianos. El Cid no es solo un caballero, se parece á los héroes de Homero más que á los de Ariosto y Tasso, tan devotos como los paladines, rebosando como estos en afectos domésticos, no reconoce más recompensa que la gloria, aquella lealtad que hace tolerar cualquier perjuicio y cualquiera afrenta antes que faltar á la fidelidad debida al Señor. La guerra es su pasión, pero busca en ella el provecho, posee el valor de Reinaldo y al mismo tiempo la astucia de Ulises, va á pe-

lear á donde espera tener ventaja, y á pesar de ser devoto de la Santa Iglesia, cuando oyen las pretensiones del Papa, vá á Roma, entra armado en San Pedro, y desenvainando la espada infunde terror al Padre Santo.»

«De este modo ha vivido en la memoria del pueblo, asociado á todo lo noble, generoso y heróico; y aun hoy despues de ocho siglos, despues de tantos acontecimientos como han assolado esta nacion, obligada á regenerarse con torrentes de sangre, no hay un soldado en Castilla, ni un artesano en Valencia, ni un pastor en Andalucía y Extremadura que no repita el ingenuo elogio que hacia de él un contemporáneo: *El Cid fué buen caballero de los mejores de toda España; gran servidor de sus reyes, gran defensor de su patria, enemigo de los traidores y amigo de los buenos, su vida y su muerte mereció las mayores alabanzas: y de cuantos se atreven á hablar mal de él, ninguno habla con razon.*»

Tal es la descripcion que el citado historiador, hace de este célebre personaje, no siendo fácil, sin embargo, conciliar la idea de héroe y á la vez que de bandido.

Pero no solo sus *hazañosos fechos* (como dice uno de sus biógrafos) como gran capitán nos ha consignado la historia, sino que en leyendas, cantos y romances históricos, ingénios españoles nos lo presentan como uno de aquellos excepcionales seres, á quienes les ha sido concedido tener comunicacion directa y recibir emisarios de la Divinidad. Los siguientes pasajes darán al lector una idea de la pasmosa alucinacion, del gran fanatismo que ejerció el Cid entre sus paisanos.

Llendo en peregrinacion á Santiago de Compostela, al llegar á un vado encontró á un leproso, que metido en un barranco, rogaba á los transuentes le pasaran por caridad.

Los demas caballeros huyeron de tocar aquel desgraciado, solo Rodrigo tuvo compasion de él, le tomó por su mano, le envolvió en su capa, le colocó en su manto, y le llevó al lugar á que iba á dormir. Por la noche le hizo sentar á su lado y comer con él, en la misma escudilla. La repugnancia de los compañeros de Rodrigo fué tal, que se imaginaban que la lepra habia contaminado sus platos y salieron de la pieza á toda prisa. Rodrigo se acostó con el leproso, envueltos ambos en la misma capa.

A media noche cuando Rodrigo se habia dormido, sintió en sus espaldas un soplo fuerte que lo despertó. Buscó al leproso, lo llamó y viendo que no respondia, se levantó, encendió una bujía..... el leproso habia desaparecido. Volvióse Rodrigo á acostar con la luz encendida, en esto que se le apareció un hombre vestido de blanco..... ¿Duermes Rodrigo? le preguntó—No duermo; ¿pero quién eres tú que tanta claridad y tan suave olor difundes?—Soy San Lázaro. Y has de saber que el leproso á quien haz hecho tanto bien y tanta honra por amor de Dios, era yo, y en recompensa de ello es la voluntad de Dios que cada vez que sientas un soplo como el que han sentido esta noche, sea señal de que llevarás á feliz remate las cosas que emprendas. Tu fama crecerá de dia en dia, te temerán moros y cristianos, serás invencible, y cuando mueras morirás con honra.....

Son muchas las proezas y hechos maravillosos que suponen ejecutó el Cid ya en los reinados de Fernando y D. Sancho, pero comienza á aparecer mas novelesco desde que desterrado por Alfonso VI deja la casa paterna. Pintan con colores vivos y tiernos, la afliccion de Rodrigo cuando al disponerse á salir de Vivar, vió las salas desiertas, las perchas sin capas, sin asientos el pórtico, y sin balcones los

sitios donde solian estar. A su paso por Burgos con su lucida comitiva, hombres y mujeres se asomaban á las ventanas á verle pasar pero nadie se atrevia á recibirle en su casa por temor al rey Alfonso, que habia prohibido severamente que le diésen albergue. Entónces sin duda debió decir el Cid de su barba, aquellas célebres palabras:

*«Por causa del rey D. Alfonso que me ha desterrado de su reino, no tocarán tijeras á estos pelos, ni de ellos caerá uno solo y de esto tendrán que hablar moros y cristianos.»*

Multiplicáronse los prodigios en la conquista de Valencia y sobre todo cuando los Almoravides, mandados por el rey Bucar (Seir-Abu-Bekr) fueron á acometer la ciudad. Entónces no solo el Cid, sino el obispo D. Gerónimo, armado de lanza y espada, mató tantos moros, que no hubo quien lo igualara en matar sino el mismo Campeador, rompiósele el asta de su lanza al prelado guerrero, y echando mano á la espada, no se sabe cuantos infieles murieron á sus golpes. Rodrigo buscaba al rey Bucar, que á todo correr de su caballo huía del Campeador.

*¿Por qué así huyes, le gritaba, tú que has venido de allende el mar á ver al Cid de la lengua barba? Vuelve y nos saludaremos uno á otro.* Pero por mas que el Cid espoleó á su Babieca, el rey moro ganó la orilla del mar, entónces Rodrigo le arrojó su *Tizona* (espada) y le hirió entre ámbos hombros y el rey Bucar malamente herido, se entró en el mar y ganó un barquichuelo: el Cid se apeó del caballo y recojió su espada. Asombra el número de moros que, segun las leyendas, murieron en aquel dia.

Volvió mas adelante el rey Bucar sobre Valencia con numerosísimo ejército. El Cid reposaba en su lecho, cuando se le presentó un personaje, despidiendo un olor fragantísimo y vestido de un ropaje blanco como la nieve,

Esta vez era San Pedro: *Vengo á anunciarte, le dijo, que no te restan mas que solo treinta dias de vida. Pero es la voluntad de Dios que tus gentes venzan al rey Bucar, y que tú mismo despues de muerto, seas el que des el triunfo en esta batalla. El apóstol Santiago te ayudará, pero antes has de arrepentirte delante de Dios de todos tus pecados. Por el amor que me profesas y por el respeto que siempre has tenido á mi iglesia de San Pedro de Arlanza* (seguramente el santo apóstol ignoraba la entrada del Cid armado á la iglesia de San Pedro en Roma para imponer y atemorizar al Papa Gregorio VII) *el hijo de Dios quiere que te suceda lo que te he dicho.* Al dia siguiente refirió el Cid á sus caballeros la vision que habia tenido, juntamente con otras cosas que hacia siete noches le perseguian, y les anunció que vencerian al rey Bucar y á los treinta y seis reyes moros que le acompañaban. Despues de aquel discurso se sintió malo y se confesó con el obispo D. Gerónimo. Los pocos dias que aun vivió, no tomó mas alimento en cada uno, que una cucharada del bálsamo y la mirra que el Soldan (el Jefe) de Persia, noticioso de sus hazañas, le habia enviado de regalo, mezclado con agua rosada. Las fuerzas se le acababan, pero su tez, se conservaba sonrosada y fresca. La víspera de morir llamó á D<sup>a</sup> Jimena (su esposa) al obispo D. Gerónimo, á Alvar Fañez, á Pero Bermudez y á Gil Diaz, y les dijo como habian de embalsamar su cádaver y lo que despues debian hacer de él. Dicitó al fin su testamento y murió cristianamente.

La conocidísima tradicion de que la presencia del Cid á caballo estando ya muerto, hizo huir á los enemigos, en la coleccion de romances ya citados, se refiere del modo siguiente.

A los tres dias de su muerte, el rey Bucar y los treinta